

G. Reale, en el ensayo introductorio al libro *Karol Wojtyła, Metafísica de la persona, todas la obras filosóficas y ensayos integradores*, evidenció las que él llama “las tres connotaciones espirituales” del Pontífice: el poeta, el filósofo y el teólogo, y afirma que “trazar un bosquejo de la figura espiritual de Wojtyła es difícil por la multiplicidad y complejidad de los elementos que entran en juego”².

Durante esta reflexión de hoy no es planteable un tratamiento exhaustivo de esta multiplicidad y complejidad, pero por otra parte querría evitar la repetición más sintética y empobrecida de la Encíclica que por otra parte todos ustedes conocen.

He pensado, por esto, localizar los puntos fundantes del pensamiento y de las argumentaciones filosófico-teológicas de Juan Pablo II, para ayudar a comprender tanto -siempre que se pueda- la profundidad del pensamiento de Juan Pablo II sobre la vida humana, como la urgencia pastoral con que vivió los asuntos de esta temática que le apasionaron durante todos los años de Su ministerio.

Conviene subrayar en primer lugar que Juan Pablo II vivió ofreciendo un testimonio infatigable del mensaje que proclamó con insistente amplitud y valentía.

En esta introducción que declara mi temblor e insuficiencia a la hora de afrontar el tema, no puedo dejar de manifestar también mi personal emoción, habiendo vivido espiritualmente cercano al Santo Padre en los momentos comprometidos de este Magisterio Suyo, desde el día en que me ordenó obispo el 6 de enero de 1993, destinándome al Consejo Pontificio para la Familia, precisamente con la tarea de seguir los temas de la vida humana, que le llevaron a instituir después el año siguiente la Academia Pontificia para la Vida, cuando había comenzado ya la preparación de la Encíclica *Evangelium Vitae*, y después del Consistorio Extraordinario de los Cardenales, reunido para tratar sobre los “atentados a la vida humana” el 4 de abril de 1991. Tampoco puedo dejar de recordar la frase que pronunció durante un encuentro con la Presidencia de Consejo Pontificio para la Familia, en el que estuve presente en calidad de Secretario: “Querría que mi pontificado fuese recordado como el pontificado que se ha centrado en la defensa de la vida y la familia”.

² REALE G., *Saggio Introduittivo, Karol Wojtyła, pellegrino...* en REALE G.-STYCZEN T. (a cura di) “Karol Wojtyła, Metafísica della persona, tutte le opere filosofiche e saggi integrativi”, Milano, Bompiani 2003, p. VIII.

Entre los recuerdos personales no podré borrar jamás los momentos pasados en el “Gemelli” la tarde del 13 de mayo de 1983, en el que su vida estaba extendida como un crucifijo sobre la mesa de operaciones, después del atentado. Este momento me pareció siempre emblemático de aquella frase que él repetía a menudo, cuando en los documentos profesa que la madurez de la persona, como la del amor, se hace realidad cuando se dona.

Pensamiento que encontramos solemnizado en la Encíclica *Evangelium Vitae*: “Mirando «el espectáculo» de la cruz (cf. *Lc* 23, 48) podremos descubrir en este árbol glorioso el cumplimiento y la plena revelación de todo el *Evangelio de la vida*... La salvación realizada por Jesús es donación de vida y de resurrección”³. Pensamiento que hace recordar el Comentario de S. Agustín al Evangelio de Juan: “Pero tú que no puedes caminar sobre el mar como Él ha hecho, déjate llevar por esta nave, déjate llevar por el madero de la Cruz: cree en el crucifijo y podrás llegar... No os separéis del madero de la Cruz con el que podréis atravesar el mar de la vida”⁴.

El ambiente cultural en que se desarrolla y se coloca el pensamiento de Juan Pablo II

Se puede decir que durante el Pontificado de Juan Pablo II se realiza ulteriormente el proceso de secularización⁵ de la vida y la cultura humanas, proceso ya iniciado con la Ilustración e incrementado con el Positivismo, el Idealismo y el Marxismo.

Tal proceso no se limita a afirmar la relativa autonomía de las realidades terrenas, es decir, la autonomía de la ciencia frente a la teología, de la política frente a la moral y a la Iglesia, aunque conservando la idea de Dios, el ideal del deber y respeto al patrimonio cristiano, como sucedió en la fase de secularización del ochocientos; en la primera parte del siglo XX, el proceso había ido más allá.

Se afirman en la cultura laica el agnosticismo sistemático, y la negación y la

³ JUAN PABLO II, *Encíclica Evangelium Vitae*, o.c., n. 50.

⁴ S. AGUSTÍN, *Comentarios al Evangelio de S. Juan*, II, 2-4, 16. Cfr. REALE G., *Saggio introduttivo*, o.c., p. LXXVI.

⁵ DEL NOCE A., *L'epoca della secolarizzazione*, Milano, Giuffrè 1970.

“muerte de Dios”⁶, rechazando el concepto de creación y el de una ley moral natural que fueran capaces de orientar las conciencias; más aún, se partía del presupuesto del rechazo de la búsqueda de la “causa del origen” del universo; se pretendía colocar en su lugar como punto de partida del mundo el azar o el caos o el evolucionismo materialista⁷.

Este nivel de secularización había transformado la idea misma del hombre y había provocado la pérdida del sentido de la vida, pérdida que se había revelado trágicamente evidente en la última gran guerra y en la barbarie de los regímenes absolutistas y ateos que habían alimentado la guerra misma.

La absolutización del hombre creador de sí y de la historia, vértice de la secularización y del intento de derrocar a Dios, precipitaba en el abismo: eran los mismos años de la experiencia pastoral de Wojtyła en Cracovia, y se trataba del abismo del nihilismo y del materialismo de Estado.

En la reconstrucción de la ciudad secular en el plano internacional que se realiza tras la segunda guerra mundial, reconstrucción que pretende refundarse en la afirmación de los “derechos del hombre”, la Iglesia aporta su contribución, afirmando en el Concilio el sentido justo de la secularidad y el humanismo cristiano.

Sin embargo, la sociedad mundial continuaba arrastrando dilatadamente la tensión de la guerra fría y la resistencia de gran parte del mundo, sujeta al ateísmo y al régimen comunista, que no mostraría su plena crisis hasta 1989 con la caída del muro de Berlín. Se asistirá entonces al surgimiento en las democracias occidentales, de una nueva fase del secularismo, con el que se deberá enfrentar la Iglesia durante el Pontificado de Juan Pablo II.

El Pontificado de Juan Pablo II se coloca precisamente en esta última etapa de la secularización, la que ve derrumbarse el muro de Berlín y al mismo tiempo el mito del Estado ateo y materialista; y ve surgir el humanismo post-moderno⁸. La Iglesia se presenta enriquecida por la reflexión conciliar, que vuelve a meditar la realidad a la luz de la cristología y ofrece al mundo la propuesta de una sociedad fundada en la dignidad de la persona humana, creada por Dios y redimida por Cristo.

⁶ NIETZSCHE F., (*La voluntad de poder*) *La volontà di potenza*, trad. it., Milano 1927; *Così parlò Zarathustra*, trad. it., Milano, 1885; (*La gaia ciencia*) *La gaia scienza*, trad. it., Milano, 1971.

⁷ MONOD J., (*La necesidad y el azar*) *Il caso e la necessità*, trad.it., Firenze, 1970.

⁸ GUARDINI R., *La fine dell'epoca moderna*, Brescia, 1979.